

“No dejando de congregarse...”

Dub McClish

Introducción

Los hermanos tienen ideas muy inusuales sobre la asistencia a las asambleas de los santos. Hace muchos años, una hermana de la iglesia donde predicaba en ese momento me dijo que, si me negaba a celebrar la boda de su hija, probablemente su esposo nunca volvería a entrar al edificio de la iglesia. No pude celebrar la boda en conciencia debido a los matrimonios anteriores de la joven, así que no lo hice. La amenaza de que el padre de la muchacha no asistiera, aunque era miembro de la iglesia, no me preocupaba mucho. En el momento en que su esposa hizo la amenaza yo había estado allí dos años y él había estado en el edificio en una ocasión—para un funeral.

Seguramente hay más para ser un hijo fiel de Dios que la asistencia regular a clases bíblicas y a la adoración, pero ¿puede uno ser fiel a Dios mientras se ausenta de estas y otras asambleas similares? Hagamos la pregunta fundamental sobre este tema: “¿Es necesaria la asistencia a las asambleas de la iglesia (incluidas las clases bíblicas, campañas y otras asambleas similares)?” Por necesario me refiero no sólo a la vista de los predicadores y ancianos, sino de la enseñanza de las Escrituras. ¿Es necesaria la asistencia regular y fiel para agradar a Dios e ir al cielo?

Los miembros de la iglesia generalmente se pueden clasificar en tres grupos de acuerdo con sus hábitos de asistencia:

1. Hay quienes están siempre presentes cada vez que la iglesia se reúne, a menos que se vean obstaculizados por algo más allá de su control. Cuando no están presentes, se asume inmediatamente que tuvieron un accidente, estaban enfermos, estaban fuera de la ciudad o se les impidió venir de alguna otra manera. Este grupo incluye a los ancianos y enfermos que alguna vez asistieron (y aún anhelan hacerlo) con regularidad, pero que ya no pueden hacerlo físicamente.
2. Hay quienes asisten regularmente los domingos por la mañana (algunos solo a la adoración; otros a la adoración y clases de Biblia), pero rara vez en otro momento. A pesar de las enseñanzas bíblicas, las súplicas y los ánimos hechos por varias personas, se resisten a todos esos esfuerzos y se aferran a su hábito de “solo domingos.” Cada reunión, además del domingo por la mañana, es “opcional” con estos hermanos.
3. Hay quienes no tienen patrón de asistencia, pero que vienen cuando “les da la gana” (y generalmente no les da) o cuando les conviene (y generalmente no lo es). Pueden aparecer uno o dos domingos al mes o con menos frecuencia. La mayoría de las veces prefieren estar en otro lugar además de la asamblea, haciendo otra cosa además de adorar a Dios, y con alguien (o algunos) además del Señor y Su pueblo. Estos hermanos nunca piensan seriamente en asistir

a una campaña evangelística, conferencias u otras asambleas o clases diseñadas para la honra de Dios y su edificación. No se ven obstaculizados por circunstancias que escapan a su control; **eligen** no venir.

Evidentemente, este tema merece un examen más detenido de lo que algunos le han dado. Quizás merezca una atención más frecuente y sería por parte de los predicadores en el púlpito y en el boletín de la iglesia y en visitas personales y exhortaciones de los ancianos.

La obvia importancia de la asamblea de adoración del día del Señor

El significado del primer día de la semana, el día del Señor, se rastrea fácilmente en el Nuevo Testamento.

1. El Señor resucitó de entre los muertos en este día (Lucas 24:1-7).
2. Se apareció a los apóstoles por primera vez el día de su resurrección, el primer día de la semana (Juan 20:19).
3. Se apareció a los apóstoles por segunda vez "Ocho días después" desde la primera vez, es decir, el primer día de la semana (v. 26).¹
4. La iglesia se estableció el día de Pentecostés (Hechos 2:1, 37-42, 47), que siempre caía el primer día de la semana. (Pentecostés significa "cincuenta días," refiriéndose a la cantidad de días que siguieron a la Pascua. Pentecostés cayó el día siguiente a los siete "sábados" [semanas] después de la Pascua. Por eso, a veces se le llama a Pentecostés la "Fiesta de las Semanas" [Éxodo 34:22; Números 28:26; et al.]).
5. La iglesia en Troas se reunió el primer día de la semana (Hechos 20:7).
6. La iglesia en Corinto se reunió el primer día de la semana (1ª Corintios 16:2).
7. Generalmente se admite que la referencia de Juan al "día del Señor" (Apocalipsis 1:10) es otro término para el primer día de la semana.²

El Señor ordenó a Sus seguidores que comieran el pan y bebieran de la copa de Su cena (Mateo 26:26-27; et al.). Cada vez que comen la cena, deben hacerlo como un memorial de la muerte del Señor (Lucas 22:19; 1ª Corintios 11:23-26). El tiempo de participación como se demostró en Troas, con aprobación apostólica, es el "primer día de la semana" (Hechos 20:7). Las iglesias de Galacia y la iglesia de Corinto también se reunieron el primer día de la semana, y cuando lo hicieron, se les ordenó contribuir con su dinero a una tesorería común (1ª Corintios 16:1-2). En esta asamblea del primer día de la semana, la iglesia de Corinto estaba observando la Cena del Señor (aunque la corrompían) (11:17-18, 20, 33-34).

A todas las congregaciones del primer siglo se les enseñaba las mismas cosas (1ª Corintios 4:17), por lo que la conclusión es irresistible de que se reunían universalmente el primer día de cada semana y que tanto la observancia de la Cena del Señor como la ofrenda de su dinero eran actos obligatorios de culto en estas asambleas. Nadie puede negar racional o exitosamente el significado del Día del Señor, ni la obligación de todo cristiano de observar estas dos actividades

cada día del Señor. Para decirlo de otra manera, cuando uno voluntariamente falta a la asamblea del día del Señor, ignora los mandatos y ejemplos claros e inspirados que obligan a los cristianos a participar de la Cena del Señor y a dar de su dinero en la asamblea en el día del Señor. Hasta ahora hemos discutido solo el significado de la asamblea de adoración del día del Señor a la cual la Cena del Señor y la recolección de dinero están específicamente vinculadas.³

¿Es importante asistir en otras ocasiones además de una vez en el día del Señor?

Aquí nos referimos a las clases bíblicas de los domingos y miércoles, la adoración del domingo por la noche, campañas evangelísticas, conferencias y otras asambleas similares de la iglesia local. En primer lugar, señalemos que otras reuniones, además de una vez en el día del Señor, se llevaban a cabo con aprobación apostólica en el primer siglo y por lo tanto, están autorizadas por las Escrituras. La iglesia de Jerusalén por lo menos por un tiempo se reunió diariamente: “Y perseverando unánimes cada día en el templo...” (Hechos 2:46a). No hay indicios de que la asamblea de la iglesia en la que se discutió el descuido de las viudas griegas fuera en el día del Señor (6:1-2). Hubo una reunión de oración en la casa de María en Jerusalén “donde muchos estaban reunidos” (12:12). Creemos que la evidencia es contundente de que los corintios se reunían no solo en el día del Señor, sino también en otras ocasiones.⁴ La aprobación de tales reuniones por parte de los apóstoles implica su reconocimiento tanto de la necesidad como de la importancia de las mismas.

Es dudoso que la iglesia pudiera cumplir con el mandato dado por Dios de predicar el Evangelio a toda la creación si se reuniera solo una vez en el día del Señor para adorar. La capacidad para hacer la obra de evangelizar el mundo implica conocimiento de las Escrituras, fortaleza y madurez espiritual, ninguna de las cuales se logra sin enseñanza, entrenamiento y edificación más allá de lo que podemos recibir en una sola reunión a la semana. La prueba práctica de este hecho se ve en las congregaciones que, en los primeros años de este siglo, cayeron bajo la persuasión anti clases bíblicas. Tales iglesias casi han muerto por falta de enseñanza y entrenamiento a través de los cuales edificar y equipar a sus miembros. Aquellos que son miembros de congregaciones que llevan a cabo escuelas bíblicas, series de capacitación especial, conferencias bíblicas, campañas evangelísticas y otros programas de enriquecimiento espiritual, pero que descuidan o rehúsan participar en ellos, son siempre los miembros más débiles y menos maduros. Por otro lado, quienes aprovechan todas estas oportunidades posibles en forma periódica son generalmente los que crecen, se desarrollan y maduran espiritualmente. No se puede contradecir con éxito que otras reuniones, además de la asamblea del Día del Señor cada

semana, estén autorizadas bíblicamente y sean importantes para el crecimiento espiritual y numérico del reino.

Un mandato específico sobre nuestras asambleas

El contexto de Hebreos 10:19-31 contiene un mandato negativo explícito y familiar sobre nuestro tema como su precisa pieza central. El versículo 25 manda: “No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:25). Antes de analizar este pasaje, un poco de atención al contexto que rodea a esta poderosa prohibición nos ayudará a comprenderlo más plenamente.

El gran tema de la carta de Hebreos es el del rescate y la restauración. Fue escrito para los cristianos judíos que estaban a punto de abandonar a Cristo y regresar a Moisés. El escritor establece contraste tras contraste entre la superioridad de Cristo, Su Palabra y Su iglesia y la inferioridad de Moisés, la ley y el tabernáculo/templo. Los primeros nueve capítulos y medio (hasta el 10:18) generalmente se componen de argumentos doctrinales persistentes y persuasivos para lograr el objetivo del autor de exaltar a Cristo por encima de Moisés. Hebreos 10:19 comienza la sección exhortativa de la epístola, en la que se emiten fervorosos y amorosos ánimos y exhortaciones para preservar la fe de tantos lectores como sea posible. En los versículos 19-21, el escritor resume los privilegios sobresalientes que se encuentran solo en Cristo: la audacia para acercarnos a Dios a través de la sangre de Cristo, un camino nuevo y vivo por el cual somos salvos y en el que podemos vivir, y un gran sumo sacerdote en Cristo mismo. Luego, continúan tres de las trece declaraciones “nosotros” en la carta, que exhortan a los santos a ser firmes en su fe (v. 22), su esperanza (v. 23) y su amor (v. 24-25).

En los versículos 26 y 27, el escritor vuelve a su tema presentado por primera vez en el capítulo 6:4-8, el de la advertencia más severa posible contra las consecuencias de la apostasía. De hecho, si no hubiera otra palabra en toda la Biblia sobre el tema de la apostasía, cualquiera de estos pasajes sería suficiente para demostrar más allá de toda duda que un cristiano ciertamente puede apartarse y perderse. De hecho, si este **no** fuera el caso, la carta de Hebreos (junto con 1ª Corintios y Gálatas, así como porciones de prácticamente todos los documentos del Nuevo Testamento) sería casi innecesaria. El pecado “deliberado” del versículo 26 no es simplemente un acto aislado cometido porque uno que conscientemente decidió hacerlo. Si este fuera el significado del pasaje, no habría esperanza para ninguno (suponemos que todos, incluso el más santo de los santos, en algún momento ha hecho conscientemente lo que viola la voluntad de Dios, sabiendo en ese momento que lo haría). Cuando uno ha sido “sorprendido en alguna falta”

posiblemente puede ser restaurado (Gálatas 6:1). Tal persona no ha experimentado un nuevo compromiso de vida con otra religión ni ha desautorizado la fe, sino que ha tenido un lapso momentáneo.

Sin embargo, en el contexto de la epístola a los Hebreos, los que “pecan voluntariamente” son aquellos que, a pesar de su conocimiento y participación en las bendiciones que se encuentran solo en Cristo, todavía le dan la espalda radical y obstinadamente a Él y a Su camino para seguir a otra persona o camino. Solo hay un sacrificio suficiente por los pecados, no el de toros y machos cabríos (Hebreos 10:4), sino “la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (v. 10; cf. 12, 14, 18). El darle la espalda a ese sacrificio (como lo estaban haciendo los hebreos) los dejó sin sacrificio por sus pecados. Los que se alejan de Cristo y van tras Moisés o de **cualquier otra forma en religión** pierden la única vía de escape de los estragos y consecuencias del pecado. Siendo esto así, han elegido el destino del terrible juicio de Dios que traerá sobre ellos un fuego feroz y devorador (v. 27). Los versículos 28-29 continúan e intensifican la idea del merecido castigo severo de aquellos que se desvían de Cristo a Moisés—“Cuanto mayor castigo,” por más severo que fuera, que los que transgredieron la ley de Moisés. Tal deserción equivalía a pisotear a Cristo como si fuera tierra, considerar la sangre sagrada de la expiación como algo común y despreciar al Espíritu Santo. La justa venganza, recompensa y juicio de Dios finalmente se derramará sobre todos ellos (vv. 30-31).

En el centro exacto de esta discusión se produce la prohibición de abandonar la asamblea. ¿Cuál es la relación? Parece bastante obvio: la asistencia fiel a las asambleas de la iglesia alentaría una devoción más profunda al Señor, brindaría oportunidades para el crecimiento espiritual y expondría a los hermanos hebreos a las santas exhortaciones de la comunión cristiana. Todos estos elementos son al mismo tiempo refuerzos para la firmeza en la fe y baluartes contra la tentación, la prueba y la deserción. Estos primeros santos hebreos enfrentaron el ridículo y el ostracismo (y a veces persecución física) de sus compañeros judíos que todavía estaban en el judaísmo. El llamado de ellos para volver con ellos a las viejas costumbres y ceremonias de Moisés, un sistema al que sus padres habían estado ligados durante los últimos 1,600 años, era extremadamente difícil de resistir para algunos de los santos. La primera señal de deserción probablemente sería el abandono de las asambleas de la iglesia.

Lo que las asambleas sagradas harían por esos santos judíos, también lo harán por nosotros en un mundo con mil cantos de sirena, que buscan diaria y persistentemente atraernos

a sus costas destructivas. La actitud de uno hacia las asambleas de la iglesia continúa siendo hasta el día de hoy una de las medidas más seguras de fortaleza o debilidad espiritual.

Leamos ahora de nuevo y analicemos brevemente Hebreos 10:25: “No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca.”

1. Ésta es una fuerte proscripción o prohibición, un mandamiento explícito y negativo que no se puede malinterpretar: los cristianos no deben dejar o abandonar las asambleas de la iglesia. La declaración tiene la misma fuerza que “No matarás,” “No robarás” o “No cometerás adulterio,” “No dejarás de reunirte.”
2. El mandamiento prohíbe abandonar la asamblea. Abandonar o dejar no es necesariamente lo mismo que estar ausente. Si bien todo abandono hará que uno esté ausente, no toda ausencia constituye un abandono de la asamblea. Dejar se traduce *enkataleipontes*, que conlleva la idea de abandonar a alguien o algo para abandonarlo o dejarlo.⁵ Uno puede estar tan enfermo, herido, debilitado u obstaculizado más allá de su control que no puede estar en la asamblea y está por tanto ausente. Sin embargo, puede que anhele estar allí y lo estaría si pudiera. Su ausencia no constituye un abandono de la asamblea. Sin embargo, cuando uno sabe cuándo y dónde se reúne la iglesia y físicamente puede estar presente, pero elige estar en otro lugar, ha abandonado, desertado y dejado la asamblea. Esa conducta es la que condena Hebreos 10:25.
3. ¿Qué asambleas se incluyen? Algunos alegan que este pasaje se aplica solo al día del Señor, y en nuestra práctica moderna, particularmente al período de adoración del domingo por la mañana solo. Se argumenta que “aquel día se acerca” es el día del Señor, y por lo tanto, el mandato en el pasaje se aplica sólo a la asamblea del día del Señor. Sin embargo, es muy poco probable que “el día” se refiera al primer día de la semana, como se indica a continuación. En realidad, no hay absolutamente ninguna base bíblica para limitar así esta prohibición a un día cualquiera, ya sea el día del Señor u otro. Si bien hemos visto en las Escrituras que la iglesia ciertamente se reunía para adorar cada primer día de la semana, también demostramos que los hermanos se reunían en otros momentos para orar, exhortar, adorar y edificar. Esta prohibición seguramente **incluiría** las reuniones del primer día de la semana, pero es una mera opinión arbitraria que **excluye** su aplicación a otras reuniones de la iglesia también.
4. Era la “costumbre” (manera, hábito)⁶ de algunos en el primer siglo abandonar las asambleas de la iglesia. Los patrones de comportamiento humano varían poco a lo largo de los siglos, al parecer. Lamentablemente, esta costumbre todavía está con nosotros, a menudo a una escala muy amplia. Aunque hay excepciones, el número de personas que asisten a cualquier asamblea de la iglesia será mayor en la hora de adoración del domingo por la mañana. El estudio bíblico del domingo por la mañana y la adoración del domingo por la noche generalmente cae del setenta al setenta y cinco por ciento (a veces menos) de los presentes durante la hora del culto matutino. La asistencia de los miércoles por la noche suele ser incluso menor. La experiencia de este escritor en un lapso de cuarenta y cinco años de predicación es que todas las súplicas, instrucciones y exhortaciones que uno pueda hacer no cambiarán el comportamiento de muchos de estos que practican el “una vez a la semana.” Al igual que los

miembros portadores de tarjetas del club de ofrendar \$ 1.00 por semana, el abandonar o dejar la asamblea ha sido su hábito durante años, es su costumbre ahora, y morirán en la misma triste rutina. Ya es bastante malo caer en eso, pero es mucho peor nunca hacer nada para romper esta rutina. Sería interesante saber si alguno de los santos hebreos se arrepintió o no de este pecado cuando recibió esta carta. Por supuesto, algunos de ellos no escucharían la exhortación a menos que alguien la trajera a su puerta; ¡no estarían en la asamblea para oírlo leer!

5. Se trataba de asambleas caracterizadas por la exhortación: los santos **no debían hacer** algo (abandonar la asamblea), sino que **debían hacer** algo (exhortarse unos a otros). Por lo tanto, es evidente que la exhortación que se está discutiendo aquí no era simplemente la que podría hacerse cuando se encontraran en la calle o en el mercado o al visitarse en casa de los demás. La exhortación aquí es la que ocurriría en sus asambleas, exhortación que perderían si los abandonaran. Albert Barnes tiene razón: "Pero exhortándose unos a otros. Es decir, en su reunión, una dirección que prueba que es apropiado que los cristianos se exhorten unos a otros cuando están reunidos para la adoración pública."⁷
6. Sea lo que sea a lo que se refiera *el día se acerca*, fue un hecho tan claramente observable y comprendido por los lectores que no fue necesaria ninguna explicación adicional. Se han sugerido al menos cinco posibilidades diferentes para explicar este día:
 - a. Algunos sugieren el primer día de la semana (como se mencionó anteriormente); sin embargo, en todas las demás referencias del Nuevo Testamento a este día se identifica claramente por mucho más que simplemente "el día" (Lucas 24:1-7; Juan 20:19, 26; Hechos 20:7; 1ª Corintios 16:2; Apocalipsis 1:10). Este punto de vista tiene escasa aceptación académica.
 - b. Algunos afirman que el escritor se refiere al día de la muerte. Esta visión del pasaje limitaría, en efecto, el mandato a sólo los enfermos terminales y los muy ancianos, porque sólo ellos pueden, en cierto sentido, "ver" que se acerca el día de su muerte. Sin embargo, el "día" en Hebreos 10:25 aparentemente era uno que todos podían observar "acercarse" y que vendría para todos estos hebreos simultáneamente. Si bien los santos de todas las edades deben vivir en la conciencia constante de que cada día podría ser el día de su muerte, esto difícilmente explica la frase explícita, "cuanto veis que aquel día se acerca" (énfasis DM).
 - c. Algunos se refieren a "aquel día se acerca" a la Segunda Venida del Señor. Claramente, el Nuevo Testamento se refiere a este evento final del tiempo como un "día" (Mateo 24:36; 1ª Tesalonicenses 5:2; 2ª Pedro 3:10; et al.). La anticipación constante a la venida del Señor ciertamente debería tener el efecto práctico de producir una disposición vigilante y una vida santa y piadosa (Mateo 24:42, 44; 2ª Pedro 3:11). Sin embargo, el problema insuperable con esta interpretación es que el tiempo ("el día") del regreso del Señor no se puede prever ni determinar (Mateo 24:36, 42, 44, 50; et al.). Dado que no hay señales para anticipar el día en que el Señor regresará, la frase "cuanto veis que aquel día se acerca" no puede referirse a ese gran y terrible acontecimiento.
 - d. En cuarto lugar está la sugerencia de que "el día" es una referencia al Juicio Final que será introducido por el regreso del Señor. Al igual que con la Segunda Venida, este evento también se describe como un "día" (Hechos 17:31; Romanos 2:5, 16; 2ª Pedro 3:7; et al.). Si

bien todos debemos vivir en anticipación y preparación para el gran día de dar cuenta, al igual que como con el regreso del Señor, el día exacto del Juicio no puede ser conocido de antemano, ya que es provocado por la Segunda Venida.

- e. La quinta explicación sugerida (y creemos que es la correcta) es que “el día” en Hebreos 10:25 se refiere a la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C. Es probable que Hebreos se escribiera en el año 63 o 64, momento en el cual algunos de las señales que el Señor dio en Mateo 24:4-35 para reconocer la proximidad de ese cataclismo ya eran evidentes. Si bien estos hebreos habían obedecido al Evangelio, todavía tenían muchas y fuertes raíces judías que los llamaban de regreso al judaísmo (el problema que provocó esta carta). “El día” en que los infieles asediarían la ciudad, arrasarían sus enormes muros y edificios (incluido el templo, poniendo así fin para siempre al sistema sacerdotal/sacrificial de Moisés), y matarían o esclavizarían a cientos de miles de sus compañeros judíos sería una gran tragedia, trauma y significativa para estos santos judíos. Necesitarían toda la fe y la resistencia espiritual que pudieran reunir en preparación para ese terrible día. La exhortación que pudieran recibir (y dar) en sus reuniones era crucial para producir la fuerza espiritual necesaria, por lo que la participación en las reuniones era decisiva. Esto explica el mandato negativo fuerte y explícito de no abandonar, dejar las asambleas. No solo no creemos que este mandamiento se refiera exclusiva o incluso principalmente a la asamblea del día del Señor, sino que también dudamos de que la exhortación espiritual que necesitaban para los días de crisis que enfrentaban pudiera haber sido proporcionada para una sola reunión por semana.

Algunos pueden preguntarse: “Pero, ¿cómo se relaciona este mandamiento con nosotros, ya que la destrucción de Jerusalén y las persistentes características externas del judaísmo ocurrieron hace tanto tiempo (70 d.C.)?” Ciertamente no podemos apelar a ese evento específico para instar a los cristianos a ser fieles en su reunión. Sin embargo, la “venida” del Señor para juzgar a los hombres malvados localmente (como en Jerusalén) es típica de Su Segunda Venida y el Juicio Final de los impíos (por ejemplo, Sodoma y Gomorra - 2ª Pedro 2:6-9; Judas 7). Si bien no podemos saber el día exacto del regreso del Señor que marcará el comienzo del Juicio Final (como los santos hebreos podrían saber acerca de la destrucción de Jerusalén), el hecho de que estos “días” vendrán se enseña con tanta certeza como cualquier doctrina en la Biblia. Por lo tanto, debemos vivir en constante preparación para la venida de estos “días,” que están tipificados por la conflagración del 70 d.C. Como lo hicieron esos hermanos de la antigüedad en vista del año 70 d.C., nosotros, en vista de la venida repentina prometida del Señor y del Juicio, debemos estar en cada asamblea. Este poderoso mandamiento de no abandonar la asamblea se aplica con la misma fuerza que a sus destinatarios originales, y **por las mismas razones**: la exhortación y la fuerza espiritual que deben obtener.

Algunos otros pasajes que se aplican a este tema

Hay muchas más declaraciones y principios de las Escrituras que se aplican al tema de la adoración fiel y la asistencia a clases bíblicas de lo que el espacio nos permite establecer. Entre estos se encuentran los siguientes ejemplos:

1. “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33). Si el reino se refiere a la iglesia aquí (y lo hace), entonces el Señor nos está ordenando que hagamos de Su iglesia lo más importante en nuestras vidas. Cuando uno compara sus intereses y prioridades, el santo de mente seria debe preguntarse dónde se ubica la iglesia por la cual murió Jesús. Si algunos asistieran a su centro de trabajo con no más diligencia y regularidad que con la que asisten a las diversas oportunidades de adoración, exhortación y estudio de la iglesia, no serían empleados por mucho tiempo. Si algunos estudiantes asistieran a sus clases en la escuela pública o la universidad con tanta regularidad como lo hacen en las asambleas de la iglesia, ¿aprobarían o reprobarían? ¿Puede uno abandonar las asambleas de la iglesia a voluntad y obedecer el mandato de buscar el reino primero?
2. “Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas” (Hechos 10:34). Dios tiene un conjunto de leyes espirituales para todos. Él prohíbe incluso a uno de sus hijos abandonar la asamblea (Hebreos 10:25). Siendo esto así, prohíbe a **todos sus hijos** hacerlo. Por el contrario, si Él permite que **incluso uno** abandone la asamblea con impunidad, debe permitir que **todos** lo hagamos, ya que Él no hace acepción de personas. Esta conclusión anularía cualquier necesidad de reunirse y es absurda a primera vista. En verdad, Dios espera que **todos sus hijos** estén en cada asamblea y clase bíblica que podamos.
3. “[Cristo] quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Tenga en cuenta que los redimidos del pecado y por lo tanto, purificados como posesión del Señor (Hechos 20:28; 1ª Corintios 6:19-20) deben ser celosos de las buenas obras. ¿Las clases de Biblia y las diversas asambleas de adoración (incluidas las campañas evangelísticas, conferencias, etc.), por supuesto, llevadas a cabo de acuerdo con las Escrituras, son obras “buenas” o “malas”? Si no son buenas obras, entonces son malas obras y no nos atrevemos a tener nada que ver con ellas (Efesios 5:11). Sin embargo, si son buenas obras (que ciertamente lo son), entonces no tenemos la libertad de simplemente incursionar en ellas o atenderlas a nuestro antojo. Más bien, ¡debemos ser **celosos** de ellas!
4. “Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado.” (Santiago 4:17). De manera similar a la idea anterior, asumimos que todos estarán de acuerdo en que asistir a las clases bíblicas y a las asambleas de adoración conducidas de manera bíblica es “hacer lo bueno.” Siendo esto así, uno no puede escapar a la conclusión de que uno peca cuando elige no participar en las asambleas de la iglesia del Señor.
5. “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1ª Pedro 2:2). El impulso más poderoso que posee un bebé es el hambre de leche. La “leche espiritual” mencionada aquí es una referencia a la Palabra de Dios. Así como debemos “tener hambre y sed” de justicia (Mateo 5:6) y “buscar primero” el reino

del Señor (6:33), debemos “desead” la Palabra de Dios con la misma pasión que un niño tiene por la leche. Es cierto que debemos hacer esto a diario para nutrir nuestro espíritu adecuadamente. Sin embargo, si uno desea – anhela fervientemente alcanzar – todo el conocimiento que pueda de la Palabra de Dios, seguramente se beneficiará de todas las reuniones de la iglesia en las que se estudia y se expone la Biblia. Este pasaje de Pedro se aplica con especial fuerza a las oportunidades de clases bíblicas los domingos por la mañana y los miércoles por la noche.

6. “Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén” (2ª Pedro 3:18). Estas son las últimas palabras que se han conservado de la pluma del apóstol Pedro. Su declaración enfatiza el deber de todo santo de progresar en el favor de Dios y en el conocimiento de Su Palabra. Aquel que se tome en serio la obediencia a este mandato inspirado estará en el estudio de la Biblia y en las reuniones de adoración sin falta cuando pueda hacerlo.
7. “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” (Sal. 42:1-2). Este Salmo expresa poderosamente el entusiasmo que tienen los amantes de Dios de estar en la presencia de Dios y adorarlo. Varias otras declaraciones en los Salmos se hacen eco de este pensamiento (por ejemplo, 42:4; 84:1-2, 10). El principio debe ser evidente: **los que aman a Dios aman adorar a Dios**. Este principio ha sido cierto desde el principio y perdurará hasta el final. ¡Cuán obviamente hipócrita es alguien que solo asiste al azar y de forma intermitente a clases bíblicas y a la adoración y al mismo tiempo se jacta de su amor por Dios! Un cristiano que abandona la asamblea es comparable en al menos un aspecto al predicador bautista que “abandona” el acto del bautismo como requisito para la salvación en su predicación y práctica: ambos fallan en honrar el claro mandamiento del Nuevo Testamento. El Señor dijo: “Si me amáis, mis mandamientos guardaréis...El que no me ama, no guarda mis palabras” (Juan 14:15; 24). Estas palabras se aplican igualmente a santo y pecador.

Seamos brutal, pero absolutamente bíblicos, honestos: alguien que asiste al estudio de la Biblia, a la adoración, a las campañas evangelísticas y a otras reuniones similares solo cuando es conveniente o cuando se acuerda, **no ama verdaderamente a Dios**. Solo agrava su pecado cuando, ocasionalmente, decide asistir, canta “Oh, cuánto amo a Cristo.” Aquel que se preocupa tan poco por la esposa de Cristo comprada con sangre y por la adoración de Dios y su Hijo que los trata con total desdén, **no ama a Jesús**, sin importar cuán fuerte cante. Los verdaderos amantes de Cristo se comportarán en armonía con ese amor, una parte del cual es la presencia fiel, constante y regular en todas las asambleas del pueblo del Señor.

Estos pasajes, así como literalmente cientos de otros, demuestran la relación vital entre un amor genuino por Dios, por Su Hijo y por Su Palabra y la actitud de uno hacia el estudio de la Biblia y las reuniones de adoración de la iglesia.

La autoridad de los ancianos se relaciona con el tema

Los cristianos están obligados por las Escrituras a obedecer a los ancianos nombrados y calificados por las Escrituras: “Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso” (Hebreos 13:17). Esta declaración no les da autoridad a los ancianos para negar la enseñanza de las Escrituras o para agregar a la legislación inspirada proporcionada en el Nuevo Testamento. En cambio, su responsabilidad es supervisar, dirigir y proteger a la congregación de la que son administradores para que permanezca dentro de los límites de la doctrina del Nuevo Testamento (Hechos 20:28-29; 1ª Timoteo 3:5; Tito 1:9-11). Por implicación, tienen la autoridad para determinar y ejecutar las actividades que llevarán a cabo el encargo que Dios les ha encomendado.

Los obispos de una congregación ciertamente están dentro del ámbito de su autoridad cuando planean períodos de estudio bíblico y varias asambleas de adoración y exhortación, incluida la asamblea del día del Señor, para proporcionar la instrucción y la edificación necesarias para que la iglesia sea espiritualmente madura y fuerte. De hecho, los ancianos son negligentes si no toman tales disposiciones. Esa es una parte importante de su responsabilidad. A su vez, cuando determinan que se llevará a cabo un programa de clases bíblicas los domingos por la mañana y los miércoles por la noche, una segunda hora de adoración el domingo, campañas evangelísticas, conferencias y otras actividades similares, es obligación de los miembros de la iglesia estar presente en ellas de acuerdo con su capacidad para hacerlo. De lo contrario, no están obedeciendo ni sometiéndose a los ancianos que han sido puestos sobre la iglesia por el Espíritu Santo (Hechos 20:28). De hecho, cuando uno decide asistir a tales asambleas solo ocasional o en forma caprichosa, es una señal segura de rebelión no solo contra la autoridad de los ancianos, sino contra el Espíritu Santo que nos ordenó obedecer y someternos a ellos. Uno pisa un territorio terriblemente peligroso cuando deja de asistir a la asamblea.

Implicaciones diversas de abandonar la asamblea

Además de las implicaciones declaradas e implícitas de ignorar la importancia de la adoración fiel y la asistencia al estudio de la Biblia ya consideradas, agregamos algunas otras. El que abandona las reuniones:

1. **Expresa irreverencia hacia Dios y Su Hijo.** Estas asambleas son en su honor y para su gloria, pero el que se ausenta no le importa. Prefiere la compañía de los demás a la de la Deidad. Demuestra una gran ingratitud por la bendición espiritual solo en Cristo y por la abundancia de bendiciones físicas que ha recibido de Dios. Muestra desprecio por la Palabra de Dios.

2. **Expresa falta de respeto por los demás.** Para los no cristianos y para los niños que pueden estar mirando (especialmente el suyo), su comportamiento declara que la iglesia y todo lo que representa no tiene importancia. Muestra falta de respeto a los ancianos que han planeado las reuniones. Muestra falta de respeto por el maestro de la Biblia a cuya clase debería asistir. Muestra una falta de respeto por el predicador que ha preparado una lección para glorificar a Dios y edificarlo a él y a los demás hermanos.
3. **Expresa indiferencia por sí mismo.** Prácticamente está anunciando que se está muriendo de hambre espiritualmente. (Si bien uno puede lograr cierto crecimiento espiritual mediante el estudio bíblico diario en casa, sería difícil, si no imposible, ausentarse regularmente de las clases bíblicas y de la adoración y estudiar la Biblia alguna vez en casa). Se priva a sí mismo de fuerza para la hora de la tentación y la prueba. Obstaculiza sus oraciones para pedir fuerza espiritual (si es que podemos imaginar a alguien así todavía orando) al rechazar una fuente primaria de esa fuerza.
4. **Hace recomendaciones a mucha gente por su comportamiento.** Por implicación, recomienda al recién convertido que no necesita asistir a todas las clases bíblicas y oportunidades de adoración. Recomienda al cristiano recién restaurado que no debe preocuparse por estar presente en cada reunión de la iglesia.
5. **Cree en un doble estándar.** Sin duda se opondría a nombrar a un hombre como anciano o diácono que abandona la asamblea. Quizás se opondría a emplear a un predicador que solo asista cuando él quiere. No cree que la asistencia irregular e intermitente sean características del liderazgo espiritual, la fidelidad y la madurez. Entonces, ¿cómo justifica su negligente comportamiento? Aparentemente, cree que hay un estándar para él y otro para los demás.

El compañerismo y el ausentarse de las reuniones

¿El ausentarse de las reuniones es una práctica digna de quitar el compañerismo? Se ha vuelto un lugar común escuchar alguna respuesta a esta pregunta: “Tales hermanos ya han retirado su compañerismo de la iglesia, por lo que sería inútil (algunos incluso dirían imposible) quitársela a ellos.” Sin embargo, esto pasa por alto un punto importante del problema. Asume que la única área de comunión es la que tienen los cristianos en las asambleas de sus edificios. De hecho, hay compañerismo cuando la iglesia se reúne, pero ¿no implica el compañerismo identificarse en una escala más amplia con una congregación local, esté o no reunida? De esta manera, los filipenses tuvieron compañerismo con Pablo cuando ni siquiera estaba en la misma ciudad, mucho menos en la misma reunión con ellos (Filipenses 4:14-15). También existe el elemento de estar en comunión con otros que implica respaldo, aprobación, armonía y unidad (2ª Juan 9-11). Esto se indica en la referencia de Pablo de que les dieron “la diestra en señal de compañerismo” a él y a Bernabé en Jerusalén (Gálatas 2:9).

La declaración de Pablo a los tesalonicenses es relevante sobre si la iglesia debería o no quitarle el compañerismo al que se ausenta de la asamblea y no se arrepiente: “Pero os

ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros” (2ª Tesalonicenses 3:6). Es bien sabido que la palabra *desordenadamente* se traduce de un término (ataktos) que “... era especialmente un término militar, que denota no mantenerse en las filas, ser insubordinado.”⁸ Los “desordenados” son aquellos que están fuera de sintonía con la iglesia y son insubordinados tanto con los ancianos como con el Señor. ¿Qué podría ser una señal más obvia de que uno “está rompiendo filas” en el “ejército” del Señor anteponiendo la conveniencia o las preferencias personales al deber sagrado y el privilegio exaltado de reunirse fielmente con los santos? Además, ¿qué podría ser una demostración más pública del desdén por las cosas espirituales y eternas que tal comportamiento? El pueblo del Señor que se esfuerza por ser fiel tiene la obligación bíblica de quitarle el compañerismo a esa gente tan desordenada, para al menos demostrar la desaprobación de las Escrituras a su comportamiento, incluso si no produce su arrepentimiento.

Conclusión

Hemos expuesto algunas de las muchas razones por las que continuaremos promoviendo la asistencia regular al estudio de la Biblia y a los períodos de adoración en la iglesia local. Este escritor ha promovido tal comportamiento durante toda su vida de predicación y cuanto más estudia la Biblia, más convencido está de que hacer lo contrario constituiría una traición espiritual contra el reino de Dios. No se puede presentar ningún argumento digno, lógico o bíblico en contra de la práctica de la asistencia regular y constante. Asimismo, tal alegato no puede interponerse a favor de dejar de reunirse.

Hace muchos años, el respetable y difunto Gus Nichols escribió un poema que condensa muchos de los principios involucrados en este tema. Aunque se refieren especialmente a la hora de adoración del domingo por la noche (que muchos la consideran como “opcional”), se aplican con igual fuerza a reuniones tales como campañas evangelísticas, conferencias y otras reuniones planificadas para la gloria de Dios y el enriquecimiento espiritual de su pueblo. Lo reproducimos a continuación para su edificación:

Pero no el domingo por la noche

Amo a la iglesia que compró Jesús
Y sé que es lo correcto.
Voy allí todos los domingos por la mañana,
Pero no el domingo por la noche.

Me encanta cantar los himnos de Dios,
Tal adoración es correcta.

Y esto lo hago el domingo por la mañana
Pero no el domingo por la noche.

También me encanta escuchar el evangelio
Me deleito.

Lo escucho todos los domingos por la mañana
Pero no el domingo por la noche.

Y también que Dios bendiga a nuestro predicador,
Que lo anime y fortalezca.
Y ponga a un pecador en mi banca
En la adoración del domingo por la noche.

Atravesaría lodo e incluso nieve,
Para hacer lo que sea correcto
Para estar en la reunión del domingo por la mañana,
Pero no el domingo por la noche.

Es cierto, la iglesia puede salvar al mundo
Si su buena luz brilla intensamente.
Ayudo a ello todos los domingos por la mañana,
Pero no el domingo por la noche.

Sí, todos debemos morir algún día,
Y espero estar haciendo el bien.
Para poder morir el domingo en la mañana
¡Pero no el domingo por la noche!

Otro poema, cuyo autor no pude rastrear, escribió las siguientes líneas pertinentes relacionadas con el estudio bíblico del miércoles por la noche (también se aplican con igual fuerza al estudio bíblico del domingo por la mañana):

¿Dónde estaría?

¿Dónde estaría el miércoles por la noche?

¿Si mi Señor viniera de repente?

¿En mi clase con la iglesia o fuera con la multitud?

¿divirtiéndote simplemente?

¿Dónde estaría yo? ¿con los fieles?

¿O en casa en un sillón?

¿Muy cansado? ¿solo viendo por mí o siendo negligente quizás?

¿Para ir a la casa de oración?

¿Dónde estaría yo? ¿a la diestra de los profesores?

¿Esforzándome más por aprender la Biblia?

¿O viendo la tele el miércoles por la noche?

¿Y Si Jesús regresara?

¿Dónde estaría yo para alimentar mi alma?

¿Y orar por los perdidos?

¿O estaría ausente de nuevo? ¿olvidando al Único

Quién me compró a un costo infinito?

¿Dónde estaría? Ya tengo suficientes excusas

Pero, ¿cómo se verían ante él?

¿Dónde querría que Él me encontrara por fin?

¿Debería Él venir un miércoles por la noche?

Nunca seremos lo que Dios quiere que seamos y hacer lo que Él quiere que hagamos mientras nos divertimos cuando debemos trabajar. Es obvio en cada congregación que muchos, algunos que han estado en la iglesia durante décadas, todavía están jugando en el trabajo. Una señal reveladora es su asistencia impía, no consagrada y descuidada. Sí, hay más para ser lo que Dios quiere que seamos que la asistencia perfecta. Pero nadie convencerá jamás a este escritor de que el Dios que dio a su Hijo y el Cristo que sufrió el Calvario por nosotros puede estar complacido con una asistencia menos que perfecta cuando podamos. Aquellos que no consideran

estos asuntos como serios, no saben qué cosas deberían considerar como serios. Aquellos que no aprecian la predicación sencilla de la Biblia sobre este tema apreciarán aún menos la evaluación del Señor de sus hábitos impíos en el Juicio. No deberían enojarse con el predicador. Deben enojarse con su propia negligencia espiritual y arrepentirse.

Aquellos de nosotros que somos físicamente capaces casi siempre podemos hacer lo que debemos hacer y estar presentes en cada reunión de la iglesia para adorar y estudiar, es una de las cosas que debemos hacer. Si no tenemos tiempo para comer sin faltar a las clases bíblicas o a la adoración, aún podemos estar presentes y comer más tarde sin morir de hambre. Si podemos ir al trabajo, la escuela y otros lugares cuando tenemos dolor de cabeza, podemos ir a clases de adoración y Biblia con dolor de cabeza. Si está dentro de nuestro poder hacerlo, debemos organizar nuestros horarios para estar presentes cuando la iglesia se reúna porque somos parte de ella y amamos al Señor que le pertenece y le pertenecemos.

Si el Señor dependiera de los asistentes de una vez a la semana, la iglesia moriría de podredumbre espiritual en un mes. Es asombroso lo mucho que logra a través de aquellos que asisten, dan y trabajan fielmente. Solo podemos imaginar lo que Él podría lograr si cada miembro no solo fuera fiel al Señor en su asistencia, sino también en todos los demás aspectos de su vida.

Notas finales

1. Todas las escrituras son tomadas de la RV1960 salvo se indique lo contrario.
2. A la luz del énfasis en estos pasajes y en ausencia de una sola indicación en el Nuevo Testamento de que a la iglesia alguna vez se le ordenó o se reunió para adorar en el día de reposo, la afirmación de los sabáticos de que el día de reposo era el día de adoración de la iglesia en tiempos apostólicos es absurdo.
3. No es la intención del autor dejar la impresión de que la cena del Señor y la contribución son los únicos (o incluso los más) actos de adoración importantes. De hecho, uno de los objetivos de este capítulo es disipar el concepto erróneo de muchos hermanos de "solo los domingos por la mañana," a saber, que siempre que lleguen al edificio a tiempo para la cena del Señor, esto es todo lo que importa: han hecho su "deber." (Extrañamente, no tienen esta misma actitud hacia la contribución.) Tampoco es nuestra intención dejar la impresión de que los otros actos autorizados de adoración cristiana (es decir, cantar salmos, himnos y cánticos espirituales [Efesios 5:19; Colosenses 3:16], la oración [1ª Corintios 14:15] y la predicación de la Palabra [Hechos 2:42; 20:7]) no deben incluirse en la asamblea del día del Señor. Es más bien nuestra intención enfatizar por el momento esos dos actos (es decir, la cena del Señor y la ofrenda) que están vinculados explícitamente al primer día de la semana y a todos los primeros días de la semana.
4. Específicamente, creemos que la asamblea descrita y regulada por Pablo en 1ª Corintios 14:26-40 se refiere a una distinta y adicional a la asamblea ordinaria del primer día de la semana. Para conocer los fundamentos de esta tesis, se remite al lector al artículo del autor, "1ª Corintios 14:26-40 y las asambleas modernas de los santos," *Contending for the Faith* 28 (febrero de 1997):1, 19-24.

5. W. E. Vine, *Vine's Expository Dictionary of the New Testament* (Westwood, NJ: Fleming H. Revell Co., 1966 reprint), 2:126.

6. Vine, 1:263.

7. Albert Barnes, *Notes on the New Testament—Hebrews* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1955), p. 237.

8. Vine, 1:320.

[**Nota:** Este manuscrito fue escrito para y entregado oralmente en las Conferencias Southwest, Southwest Church of Christ, Austin, TX (Abril 11-14, 1999). También fue publicado en el libro de las conferencias, *As for Me and My House...*].

Atribución: Tomado de *thescripturecache.com*; Dub McClish, propietario y administrador.